

Notas y documentos

LOS ÚLTIMOS CINCUENTA AÑOS

(Discurso pronunciado por el Presidente de la Universidad de Chicago, Roberto M. Hutchins con motivo del quincuagésimo aniversario de la fundación de ese Instituto)

La tarea a que se avocaron Mr. Harper y sus colaboradores cincuenta años atrás, fué la de organizar una Universidad. Para ellos una Universidad era una institución en la que debía predominar el espíritu de investigación. Con lo cual no hacían sino seguir en esto el concepto alemán de universidad en uso en aquella época. La actividad característica de sus profesores fué pues, la investigación.

La tarea envolvía, por consiguiente, la selección de hombres aptos para la investigación, el darle a esos hombres facilidades que tendieran a ese fin, congrega estudiantes que pudieran participar en actividades de esta clase y asentar el principio de la libertad docente, que ya en la época imperial garantizaba la independencia de enseñanza e investigación del catedrático alemán.

La Universidad de Chicago fué una verdadera Universidad desde el día mismo en que abrió sus puertas. Nos hallamos hoy día tan acostumbrados a la realidad de las universidades, que tal vez esto nos conduzca a pensar que tal realización—aunque desusada sin lugar a dudas—no suponía en absoluto algo extraordinario. Se podría suponer, incluso, que lo único indis-

pensable era el elemento financiero y, por consiguiente, cualquiera hubiera podido realizar tal tarea de tener para ello, el dinero con que contaron los organizadores de la Universidad de Chicago.

Pero nadie contaba con aquel dinero. La donación original de Mr. Rockefeller fué de 600,000 dólares sujeta a la contingencia de aumentarse a 400,000 mil más. En épocas posteriores la donación de grandes sumas a las universidades se ha hecho tan frecuente que hoy por hoy nos inclinamos a suponer que los participantes de aquella empresa—incluso el propio Mr. Rockefeller—deben haber esperado en cierto modo su decisión de donar la suma de 35 millones de dólares que efectivamente donó en 1810. Pero en el año 1891 los capitales de una institución como Harvard, apenas si pasaban de 7 millones. Todo lo que tenía nuestra Universidad 50 años atrás era una donación condicional de 600,000 dólares. El valor de Mr. Harper y sus colaboradores deben medirse pues, de acuerdo con aquello de que efectivamente dispusieron.

En el recuerdo de la gente de aquella época no existía en este país una Universidad propiamente tal. Cursos para graduados se habían iniciado en Yale alrededor de 1870. Harvard estaba ya en camino. Pero ninguna de las dos era una Universidad en el sentido en que Chicago entendía las cosas en 1891. Clark, que tenía sus dificultades con Mr. Harper, no hizo nada por aminorarlas y Johns Hopkins—que se había iniciado hacía ya 15 años—eran las únicas universidades en el sentido nuestro. Mr. Harper tuvo originalidad y valor a la vez.

Los fundadores tuvieron éxito en aquello que se propusieron. Vencieron en la batalla emprendida y nos toca a nosotros ser los beneficiarios de aquella victoria. Hoy día, juzgamos a las Universidades como cosa de la rutina diaria. Aun el contribuyente está de acuerdo en sostener instituciones a las que Mr. Harper habría otorgado calidad de grandes universidades. La Universidad americana se encuentra establecida definitivamente.

A la pregunta: ¿Una vez establecida la organización que desean, qué se proponen hacer con ella? Los fundadores de la Universidad de Chicago, replicaron: vamos a patrocinar la investigación. Decir que la respuesta es poco satisfactoria, no significa ni con mucho subestimar las realizaciones prácticas de aquellos que las llevaron a cabo. Para aquella época el resultado era en verdad satisfactorio. La educación americana había empezado ya a sufrir de prematura senectud. Y fué rejuvenecida precisamente por el espíritu de investigación. Ese espíritu ha producido además el alto y brillante sentido académico de nuestras universidades que justifica por sí sólo los esfuerzos y beneficios que les ha sido pródigamente concedidos, la devoción popular que han despertado y la fe que en ella pusieron los fundadores de la Universidad de Chicago.

La época en que actuaron los fundadores de nuestra Universidad se caracterizó por un consciente e inconsciente acuerdo sobre las bases mismas de la sociedad y sobre los fines últimos del individuo. Aunque si bien es cierto que aquellos hombres diferían agudamente, tal disidencia radicaba no tanto en el destino último considerado en sí mismo, como en los medios de llegar a él. Les hubiera extrañado altamente el oír a personas de solvencia el sostener que la moralidad es una cuestión altamente opinable, que el Estado es un fin en sí mismo, o que Dios, es simplemente el producto de una mentalidad vehemente. No era necesario prestar mayor atención a la sabia advertencia de Sócrates de que «una existencia que no se analiza a sí misma no es vida verdadera para el hombre», porque aquel proceso de auto-examen se había iniciado ya mucho tiempo atrás y sus resultados estaban ya incorporados a una tradición que guiaba la vida diaria de los hombres. La Universidad no necesitaba dar nueva forma a los ideales que deberían aunar a la Humanidad y menos aun el sugerir cuáles ideales eran los de real importancia. Todo lo necesario—en el sentir común de aquella época—era una mayor cantidad de conocimiento que

les permitiera alcanzar las finalidades que con más o menos claridad entreveían ante ellos. La Universidad de Chicago se fundó para propiciar tal conocimiento. Se trataba de encontrar los medios que permitieran mejorar una civilización, cuyas principales características estaban ya establecidas y cuyas finalidades eran tenidas por indiscutibles por todos aquellos que disfrutaban sus beneficios.

En todos aquellos campos de actividad en que los últimos cincuenta años no han traído verdaderos cambios de firmeza o claridad a nuestras creencias, la Universidad americana ha sobrepasado las más altas esperanzas de sus fundadores. La gente todavía desea los bienes materiales y a través de las ciencias físicas estamos en condiciones de producir tal exceso de estos bienes, como para confundir a un emperador romano. La gente aun desea la salud y a través de la Universidad americana es permitido alcanzar una longevidad superior a las de aquellos héroes que vivieron en la época anterior al Diluvio. Siempre que sepamos lo que queremos, siempre que lo deseemos con intensidad suficiente, el conocimiento adquirido por intermedio de la investigación nos ayuda a conseguirlo.

Pero por mucho que insistamos en engañarnos a nosotros mismos, vagamente presentimos que las cosas materiales no son el fin de la existencia. Hay caminos hacia otras cosas que están más allá de las puramente materiales. Pero esta vez si que ya no existe acuerdo consciente o inconsciente sobre esos otros bienes del más allá. Los últimos cincuenta años han traído confusión y desorientación donde antes sólo existía la fe simple sobre la cual Mr. Harper, Mr. Rockefeller y sus colaboradores asentaron la Universidad de Chicago. La civilización que creíamos tan sólidamente establecida, parece estar al borde mismo de su completa disolución. La creencia religiosa que condujo a los Baptistas a crear esta Universidad, no mantiene hoy día su consistencia. En vez de la sensación confortante de que todos traemos al nacer un común acerbo de ideas sobre los

finés del Estado y el destino del Hombre, escuchamos hoy día opuestas afirmaciones de posiciones contradictorias, sin poder siquiera aceptarlas o negarlas de una manera que nos satisfaga a nosotros mismos. Enfrentados a la grave cuestión de paz o guerra, no sabemos decidirnos sobre qué es lo que realmente queremos defender, o del por qué o cómo de tal defensa. Y aunque el índice de mortalidad declina, no sabemos qué hacer con nuestras vidas.

Desde que la confusión incide ya en los fines mismos, no sabemos cómo emplear los medios. Aunque los sistemas de mejorar las condiciones materiales de la existencia de que hoy día disponemos, excede con mucho lo de las generaciones que nos han precedido, no podemos emplearlos en esta gran crisis ni aun para salvar a nuestros conciudadanos del hambre y la desesperación. Los tales medios de mejorar las condiciones materiales de la existencia están hoy día encausados hacia la exterminación de la especie humana, en una escala y proporción hasta ahora desconocidas.

Gibbon, en el conocido capítulo que dedica a reseñar las causas de la caída del Imperio Occidental, se encarga de aliviar los temores de Europa, haciendo constar—que en su opinión—no podrán existir los conquistadores de tipo bárbaro. Las razones que aduce son simples. La guerra requiere hoy día el conocimiento de un número cada vez mayor de artes y ciencias. Luego, para superar en la guerra el bárbaro debe dejar de ser tal. Desde el momento en que el hombre por la primera vez descubrió la manera de dominar a las fuerzas de la naturaleza, la Historia no ha tenido otra orientación que ésta. Gibbon, termina con la siguiente observación: «Podemos, pues, concordar en la muy agradable conclusión de que la Humanidad en sus diversas épocas ha aumentado y sigue aumentando aún la riqueza material, la felicidad, el conocimiento y tal vez la virtud de la especie humana».

La conclusión es consoladora: la premisa es falsa. Las in-

vestigaciones del profesor Nef nos muestran claramente que el porcentaje de aumento de la riqueza material va declinando rápidamente. Aunque el conocimiento se acrecienta cada día más y más, no acontece lo mismo con la felicidad y la virtud. Y podemos constatar aún de cómo un conquistador de tipo bárbaro provisto y auxiliado del conocimiento, es aun más bárbaro y más peligroso que cualquiera de sus predecesores que no han dispuesto de tal conocimiento.

Las fuerzas centrífugas, que la disolución de nuestras creencias ha puesto en libertad, ha despedazado a la Universidad en fragmentos múltiples. Cuando los hombres principian a dudar de la existencia de lo que llamamos verdad y aun más de que pueda ser descubierta, su búsqueda pierde necesariamente la precisión que tenía para los fundadores de la Universidad de Chicago. Si dudamos de la racionalidad del hombre, no podemos ni siquiera por un momento confiar en el ejercicio de la razón. Si la noción tradicional de libertad—sacada ya del plano puramente subconsciente— parece menos impresionante de lo que habíamos supuesto; si consideramos por una parte que libertad es actuar como uno lo desea, o por el contrario que el hombre es un simple autómeta, la libre investigación deja de ser el guía infalible de nuestra salvación terrestre, que Harper imaginara. Al término de los cincuenta años recién transcurridos debemos reconocer que el faro que debía guiar el camino de nuestra nación alumbra débil e intermitentemente. La Universidad en vez de guiarnos a través del mundo moderno sólo refleja su confusión.

Si queremos realizar en nuestra época, lo que los fundadores de la Universidad de Chicago realizaron en su tiempo, deberemos continuar la tarea que ellos emprendieron, cuidando sí de añadir algo más. Tendremos que captar, vitalizar y formular de nuevo, y para nuestros días, las verdades que dieron propósito y significación a la tarea que esos hombres emprendieron. Nos encontramos en medio de una gran crisis moral,

espiritual e intelectual. Para salir de ella victoriosamente, o reconstruir el mundo una vez que termine, deberemos ante todo esclarecer los fines y propósitos que constituyen los principios primeros de la existencia humana y de la sociedad organizada como tal. Nuestra nación podrá y deberá mirar hacia las universidades en busca del valor moral, la claridad intelectual y la elevación espiritual que se hacen necesarias para guiarla y sostenerla en esta hora crítica. Las universidades deben continuar en las nuevas fronteras creadas a la investigación científica. Pero hoy día la investigación no es suficiente ni como un medio para mantener la cohesión de la universidad o como guía de la Humanidad desorientada. No debemos perseguir únicamente conocimiento sino sabiduría.

Esto es lo que el «University Grants Comitée of England» entendía al decir: «Se destaca hoy día la responsabilidad de las universidades. Ellas son las herederas naturales de la tradición griega de simple y audaz introspección acerca de los supuestos fundamentales que van envueltos en la vida del individuo y en la de la comunidad, y en el principio griego de que una existencia que no se examina así misma no es vida verdadera para el hombre».

Simple y audaz introspección sobre los supuestos fundamentales. En la crisis de nuestra época, es la obligación primera de las universidades. Ese es el criterio con el cual deberá juzgárseles. Esa es la finalidad que les dará unidad, comprensión y significado en sus empresas. Este es el camino que conduce a la sabiduría. En este camino la Universidad americana reconquistará su propio espíritu y traerá esperanza y alivio a un mundo convulsionado.